

## HACIA UNA SISTEMATIZACIÓN DE LA ETIMOLOGÍA EN AMÉRICA CENTRAL

§0 Pie para el presente trabajo dio la lectura del interesante material publicado por Carlos Mántica bajo el título de *El habla nicaragüense*<sup>1</sup>, que incluye vocabularios en idiomas indios. De estos últimos provienen los datos no nahuas que se traerán a colación más abajo, como *li, lia*, 'agua', respectivamente en algún dialecto del misquito y del subtiaba (p. 278), o *nai* 'carne' en subtiaba (p. 297). Las demás fuentes empleadas se mencionan durante el desarrollo de este artículo. No se ha creído oportuno citar autores o teorías que no se emplean para la finalidad de este artículo. Las cantidades vocálicas en nahua las conoció este autor durante sus visitas a aldeas nahuatlahas, y son de dominio común entre los especialistas.

Los maestros a que recurre Mántica se dedicaron a dos tareas: a la recopilación del material y a la explicación de los topónimos y provincialismos, sin recurrir mayormente a los idiomas de estirpe no yutonahua de la región. Los demás orígenes posibles tampoco atrajeron su atención (por ejemplo, al registrar *yuca, papaya, guanábana, jagüey, iguana, cabuya* o el verbo *atollarse*). Su pasión por los étimos nahuas le hizo atribuir origen pipil no sólo a muchas palabras quichuas (como *zapallo*) sino inclusive a expresiones bien castizas, como *calma chicha*, que en cierta región se volvió *calma chacha*; o a voces como *jeme, cogote, cancano*.

Lo que nos proponemos aquí no es rectificar de manera pormenorizada los muchos o pocos errores en que se haya incurrido, ni dar en cada caso la solución etimológica perfecta. Lo que se desea es ofrecer líneas directrices para este tipo de labor.

<sup>1</sup> Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costarrica, 1978.

¶ Para analizar los nahuáismos centroamericanos se debiera poder consultar en primer término vocabularios del nahua centroamericano, llamado *pipil*.

Si a falta de ello se recurre al magnífico *Diccionario de mejicanismos*, de J. F. Santamaría, adviértase que su culto autor no acertaba siempre en el manejo de los étimos nahuas propuestos por los autores que él consultaba, dado que ignoraba esa lengua, por ser originario de una región maya. Sus autores conocían el dialecto por entonces hablado en sitios como La Piedad o Coyoacán, hoy incorporados a la capital del país. Los nahuáismos en uso en las provincias mayas y más al sur no provienen de las aldeas circuntenochcas ni del náhuatl palaciego registrado en el s. XVI, sino del pipil, que se habla desde el sur de Veracruz hasta Nicaragua. Si a falta de informaciones acerca de este nahua sureño (el pipil) se recurre al *Vocabulario de la lengua mexicana*, compilado hace cuatro siglos por fray Alonso de Molina, es imprescindible conocer lo esencial de la fonemática y morfología del dialecto palaciego y saber leer la grafía de la época (por ejemplo, no pronunciar «kokátli» cuando se ve escrito *coqatli*, sino saber suplir el "acento saltillo" postulable aquí por la terminación *-tli*, y no confundir *ç* con *c*). Por otra parte, se deberá conocer también lo esencial del pipil.

Sin esos conocimientos, sería mucha audacia hacer etimología nahua<sup>2</sup>. Si se tienen los conocimientos, será fácil detectar palabras que posiblemente procedan de otros idiomas. Por ejemplo, no existiendo *ñ* en nahua, las palabras *ñeque* (Mántica, p. 145) y *ñato* (p. 71) no pueden ser nahuas. No habiendo *r* en nahua, toda palabra con *r* puede ser de origen no nahua (*guaro*, p. 23; *ruco*, p. 51; *morocho*, p. 51; *chúcaro*, p. 53; *desenhuaracar*, p. 57); se les podría buscar étimos quichuas.

No se conoce ni un solo híbrido de nahua con otro idio-

<sup>2</sup> O ponerse en evidencia intentando comparaciones, como las que se leen de la p. 35 a la p. 62 del *Boletín de Antropología*, IV (1974), Medellín, Colombia.

ma indio centroamericano (aunque sí indio-español). Esto significa que, habiendo sido identificado un elemento no nahua en la toponimia, sea por su significado, sea por su fonética, el nombre entero debe ser considerado como no nahua. Conociendo, por ejemplo, que existe *li* y *lia* (p. 278) en mísquito y en subtiaba, se ha de concluir que *Cuyali*, *Esteli*, *Huisquili*, *Quilali*, *Posoli* no son geónimos pipiles.

Excepto el vocablo cācti 'sandalia, ojota,' cuyo grupo *-ct-*, al producir la forma criolla *caite*, tuvo una evolución análoga a la previamente ocurrida a *-ct-* en romance, no tenemos nahuáismos con *ai*. Este grupo de letras (que acaso no representan con exactitud los fonemas verdaderamente involucrados), es frecuente en los vocabularios no nahuas incluidos en la obra de Mántica (en sumu *pai* 'basura', *damai* 'ayer'; en mísquito *pain* 'bonito', *aisa* 'piedra', *taira* 'armadillo'; en ulhuasca y tahuasca *taitai* 'ardilla'; en subtiaba *nai* 'carne')<sup>3</sup>. En consecuencia, la planta conocida como *guaitil* debe tener ese origen, —sospecha que se consolida al observar que se le llama igualmente *jagua*, de fonética aceptable en nahua (se puede suponer \**xahua* o \**yáhual*)<sup>4</sup>. No vale la pena esforzarse en buscarles un étimo pipil a *Aguaicac*, \**Cahuayca*, *Cailagua*, *Cailas*, *Calaisa*, *Guaila*, *Osagai*, *Taiguai*, *guásalo*<sup>5</sup>.

Lo anterior vale posiblemente también para *Balhue*, *Il-*

<sup>3</sup> Aquí está en discusión el diptongo, no el segmento nasal que, según el dialecto, puede estar transcrito con un diacrítico encima o debajo, pero sin importancia para nosotros, a diferencia del diacrítico debajo de *c* en *coçalli*, que sí nos importa.

<sup>4</sup> Un tercer nombre, según la provincia, es *yahuaitil* ~ *yihuaiti*, compuesto de *tīl*, *tīli* 'pintura negra' y de *yāhuāl* 'circular'. (No es imposible que con ello se haya aludido a círculos pintados en el cuerpo, pero parece recomendable no pensar en *yōhuāl* 'noche': Mántica anota: "genipapa americana; los indios sacaban de la semilla un líquido de color negro con el cual pintaban y teñían sus telas" (p. 126)). En mi "Vestiges de peinture corporelle...", publicado en 1958 en la revista sueca *Ethnos*, me he referido a *tīli*, *yōhuāl* y a círculos pintados por los pipiles en el cuerpo, con la tintura sacada del árbol llamado *yōbal* en el español local.

<sup>5</sup> En ulhuasca y en tahuasca existe *huasaló* 'zorro'.

*cue*, *Valgüe*, *Tilgüe*. Permítaseme mencionar que en páez, idioma de Colombia, existe en topónimos la terminación -cue, que en realidad es -úcue 'llano' (tenemos por ejemplo en los mapas un *Mosoco* llamado *Músucue* por los páeces y posiblemente singéneo del famoso *Muzo* de los mušku o muiscas).

Este mismo origen no nahua han de tener también los topónimos en -má o en -ma, como *Tisma*, *Tusma*, *Tuma Olama*, y *Panamá*, habiendo sido encontrado para el último el sentido de 'lugar de pesca' en idioma cueva, de filiación macro-chibcha (Sergio Elías Ortiz, *Historia Extensa de Colombia*).

El libro centroamericano que constituye nuestra principal fuente de información en este momento, no registra *exclusivamente* provincialismos en español, ni tendríamos nosotros un argumento válido para hacerlo en este artículo. Se dispone también de castellanismos y de anglicismos penetrados a los idiomas indios. Pero hay cierta diferencia entre la compenetración del castellano y de los idiomas indios durante los siglos precedentes y la violenta penetración de anglicismos al español. Se puede considerar que lo primero constituye un producto autóctono y finito, y lo segundo un proceso plenamente vital y no concluido ("open"). El primero no atrajo la atención de los estudiosos de los provincialismos bien decantados, el segundo horrorizó al académico panameño Ricardo J. Alfaro<sup>6</sup>, y palabras "castellanas" como *zuampo* (< swamp) 'lodazal' no dejan de sorprender a los observadores no centroamericanos. Y novedoso resulta para muchos saber de los anglicismos en los idiomas indios de América Central.

En mísquito *li* es 'agua' (Mántica, p. 278); la época de 'lluvias' tiene un nombre híbrido: *li taim* (< time 'tiempo' en inglés); en este mismo idioma tenemos *rum* 'aguardiente', *rais* 'arroz', *bátel* 'botella', *hándet kum* 'cien', *glas* 'espejo', *rop* 'soga', *ploms* 'ciruelas', *sup* 'jabón', *dras* 'calzo-

<sup>6</sup> "El anglicismo en el español contemporáneo", *Thesaurus*, IV, 1 (1948), Bogotá, Colombia.

nes', *plakin* (< flag) 'bandera', *ink laya* 'tinta', *lám laya* 'petróleo' (< lamp), *pistal* 'pistola', *kum* 'peine', *bin* también *snik* 'frijol', *fláuer* 'harina', *tent* 'tapanco'. Muchos de estos vocablos han penetrado también al ulhuasca y al tahuasca.

En los vocabularios no nahuas encontramos voces de origen castellano, como *calila* 'gallina', *nuca catila* 'arepa o pan de Castilla', *masi* 'machete', *cuchili*, *huichula* 'cuchillo', *lala* 'plata', *bladu* 'plato', *pieru* (< fiero) 'feo', que son bastante comunes en la América Española. Excepcional es *raks*, *rakbús* 'escopeta' en mísquito, cuyo origen castellano se hace más patente conociendo la forma ulhuasca de la misma palabra: *ařakbús*.

No extrañará la existencia de préstamos pipiles en los idiomas vecinos. Mísquito: *púsal* < *pósol* 'pozole, mazamorra'; ulhuasca: *náhual* 'hechicero', *sáput* 'guanábana', *misto* 'gato'. Ulhuasca y tahuasca: *masa*, *masahti* 'piña' < *mátzäh*, *matzäh-tí*. Sumu: *náhual* 'malo' (cf. *supra* 'hechicero'), *malcat* 'huso, malacate'. Subtiaba: *chumpepe* < *chumpepe* ~ *chompepe* 'guajolote'<sup>7</sup> y *pisosti* < *pěsohti* 'tejón').

Más sorprendente es, posiblemente, que junto con *kux* (< *kóxtal* 'costal') se encuentre en pipil *chuspa* 'bolsa'<sup>8</sup>, que es de origen quichua, y puede extrañar que en ulhuasca ocurra *puka* 'rojo' y *wahka* 'soga', procedente sin duda del mismo idioma andino (sea por vía directa, sea por conducto del español, cuestiones que no nos incumbe discutir aquí).

<sup>7</sup> En Colombia lo registra a fines del siglo pasado Leonardo Tascón en la p. 150 de su *Diccionario de Provincialismos y barbarismos del Valle del Cauca*, reed. Universidad del Cauca, Cali, 1961: "Pavo común. En Guatemala dicen *chumpepe* y en el resto de Centro-América *chompipe*." Yo no lo oí ni leí nunca en la Colombia actual. La primera sílaba del vocablo podría estar relacionada con la raíz substrática *ču* que determiné en 1957 (ponencia a la Mesa Redonda de Antropología, Oaxaca) para el nombre de esta ave en pipil salvadoreño y en otros idiomas mesoamericanos (véase el material en *Archivos Nahuas*, I, 2, [1959], p. 145).

<sup>8</sup> Registrado sin comentario por Geoffroy Rivas en *El náwat de Guzcatlán*, San Salvador, 1969, p. 57.

En Panamá es muy empleado el quichuismo *quincha* 'cerco de palos, a modo de pared', igualmente de procedencia quichua. Poco claro en el libro de Mántica está el sitio tipográfico de *sumaca* (p. 288), que parece corresponder a 'bonito' en subtiaba y que tiene un llamativo parecido con *súmaq* 'bonito' en quichua. A menos que el préstamo se haya tomado en el lejano sur, la presencia de *jerqui* 'cecina' en inglés sugiere que en latitudes norteñas se pudo haber empleado alguna vez *charqui* 'cecina', que es igualmente de origen andino.

En líneas superiores se mencionaron ya quichuismos con ñ y con r en el español centroamericano. En la parte introductoria del libro de Mántica se pueden encontrar otras palabras de franco sabor quichua, pero su identificación es a veces azarosa, por carecer ahí de traducción. Los objetivos mencionados en mísquito y en subtiaba, *puka*, *sumaca*, han de extrañar a aquellos lectores que no ven razón alguna para tomar prestado un adjetivo<sup>9</sup>; pues bien, según parece, *puka*, se halla igualmente en *cachipuco* 'de cachete rojo' y en *cachipuca* 'proceso patológico que crece en el ángulo maxilar inferior, pudiendo ser una actinomicosis cérvico-facial, un osteosarcoma, un absceso parotídeo, etc.'. Tenemos igualmente quichuismos en: *china* 'muchacha' (que por la vía que sea llegó hasta la Nueva España: "china poblana"), en *pampas* (p. 69), *chucha* (p. 73). Puede ser de origen quichua el étimo contenido en *desenhuaracar*<sup>10</sup>. La palabra *chancho* (p. 71), aunque tiene raíz latina (< sancho < sanctu-), es creación de los indios andinos y propia de regiones con quichuismos.

§II Las fuentes de consulta a disposición de los investigadores suelen seguir distintas tradiciones gráficas. El manejo de distintos dialectos y de documentos de diferentes

<sup>9</sup> Véase, sin embargo, *infra*, §IV.

<sup>10</sup> Aunque "estorba" la r hay que recordar la *huaca* 'hucha, alcancía', anotada por L. Tascón (*Provincialismos...*), cuya raíz quichua es *waqa*, como en *waqáçiy* 'guardar', *waqáçay* 'cuidar'; esto se pudo haber cruzado con *huaraca*.

épocas confronta al investigador con la tarea de reducir al mínimo el empleo confuso de diversos signos para un mismo sonido en un mismo artículo. Cuando se trata de un vocabulario, la confusión debe ser eliminada radicalmente.

Es inadmisibles escribir en un mismo vocabulario, así sea multilingüe, una vez *puca*, otra *puka* y una tercera *pukka* 'rojo'. Tampoco deben alternar las grafías para el sonido que los filólogos llaman *waw*: el uso variable de *hu-*; *gu-*, *w-* se debe corregir para que quede únicamente *w-* o *hu-*, ¡la *g* fantasma debe desaparecer! Otra corrección necesaria es la restitución de fonemas omitidos por las imprentas o por desidia de los primeros autores. Sabiendo que el afijo locativo *-co* sólo sigue a consonante, el investigador tiene la obligación de ofrecer alguna vez o siempre dicha consonante a sus lectores, aún si no aparece en sus fuentes: *Apatahco*, *Apachehco*, *Calihco*, *Tilcuahco*; la consonante puede ser ofrecida también de la manera siguiente: *Tiscuco* < *Tétz-cōhcō*.

Los seráficos frailes que crearon los recursos tipográficos para el nahua palaciego no tuvieron en un comienzo signos para las vocales luengas y para lo que posteriormente llamaron el acento saltillo: un *gravis* que indica la oclusión glotal. Empleaban *ç* donde posteriormente se pasó a emplear de manera uniforme *z*, con valor de *s* de tipo no castellano. Sabiendo que *-tlī* del nahua central (equivalente del *-tī* pipil) sólo sigue a consonante y que el saltillo es consonante, no se podrá errar al ver *caçatli* 'comadreja' en libros antiguos: se pronunciará *kosá'tli*. Desde luego, se debe saber igualmente que al saltillo *circuntenochca* corresponde *h* en pipil, y que a *tl* corresponde siempre *t*. De manera que escribiremos *kosahiti* o *cosahti* si nos estamos refiriendo a un étimo centroamericano.

Se podría pensar que una importantísima fuente nicaragüense, el inédito léxico criollo del alemán Hermann Berendt, ms. 1874, p. 203, haya adolecido del defecto de tener *qui* por *cui* (como cuando los extranjeros, con su bachillerato clásico, escriben *questión* dando valor latino a *qu*). Esto podría explicar *qui* donde esperaríamos *cui*, como en *cuaji-*

*niquil* 'guamo', palabra que, por otra parte, figura también como *cuajinicuil*. De estas dos formas se concluye que aparentemente hay una alternancia  $k^m \sim k$ . Mas donde hay vacilación ésta suele tener secuela, lo que explica *sonsoquite* 'terreno lodoso' (*sókit* 'lodo', transformado aquí en *sókait*). Se registra también *totomocuil*  $\sim$  *totolocuil*  $\sim$  *totoloquil*, que según Berendt, es un 'gusano de plumitas muy venenosas' (*ókail* 'gusano'). Podemos relevar a Berendt de culpa cuando vemos topónimos —que seguramente no provienen de él sino del mapa: *Quitapayo* y *Taquilotepec*— para los que se nos proponen étimos que obligan a postular *Guitapayo* (< *cuitapa-* 'atrás', 'a espaldas de') y *Tahcuilotépec* (*tahcuilo-* 'escrib-').

En la toponimia pueden estar fosilizadas graffias antiguas y también incrustadas ultracorrecciones tomadas de otros países —en nuestro caso, de México. Si en América Central no hubo jamás *tl*, no puede haber un "náwat de Cuzcatlán" en El Salvador. El *Tlapo* en la isla de Ometepec y el lago de *Xolotlán* —ambos con atípico digrama *tl*— no pueden ser nombres genuinamente centroamericanos. Ultracorrecciones son igualmente *Chapultepec* y *Nectepec*, ya que en Centroamérica la terminación *-c* de todos los demás geónimos aborígenes no se ha mantenido. De acuerdo con la regla 2 que se enunciará más abajo, esta consonante se pierde en sílaba final que se ha mantenido átona, tomando, en cambio, apoyo vocálico en sílaba que se ha convertido en tónica.

§III Además de ofrecer datos acerca de plantas y animales que pueblan o que han poblado una región, los topónimos dan a veces preciosos indicios acerca de movimientos étnicos habidos. Tenemos en Honduras un lugar *Cholulteca* 'gente de Cholula', que el historiador asimilará fácilmente al concepto de 'gente huída [de Tula]', que tiene en México, y buscará los datos para comprobar o rechazar esta pista; el mismo nombre está dos veces en Nicaragua, donde hay también un *Chiapanecas* 'gente de Chiapas' y *Chontales* 'mayas chontales'. Los afijos que hay que conocer son: *-mēca*

'del linaje de', -tēca 'gente'<sup>11</sup> con sus respectivas sonorizaciones alofónicas irrelevantes: *Gondega* 'gente de Conta' (Nicaragua), *Chinameca* 'gente de la Chinanta' (El Salvador), y nuevamente en Nicaragua *Ghololteca*, *Chorotega*, *Escameca* e *Iscameca* 'gente de Ichcata', *Esmeca* 'gente de Itzta', además: *Mahuatega*, *Olomega*, *Posoltega*, *Poteca*, *Tepolmecca* y *Ticomeca*.

De importancia fue alguna vez el árbol tētztī (¿el mismo que el tetzmol o quebracho de la Sierra Madre Oriental?), que dejó su nombre en Tētzcuañhcö > *Tescuaco* en Guatemala, y en Tētzcuhco > *Tezcoco*, *Tiscuco* en el Anáhuac y en Nicaragua. También alude a árboles: Cauhtómat > *Coastoma* (regla 6.2, cf. *infra*), Tīlcuañhcö > *Tilcuaco*. Palmeras son el cóyol y el apachihiti, de donde *Coyol*, *Apacheco*. Con plantas tienen que ver los nombres Āxōhcö > *Ajusco*, Cōhmēcāyōh > *Comecayo*, *Cacao*, *Huacalito* (cierta cucurbitácea). Con extraño acento tenemos *Jilod*, muy posiblemente a partir de \**Jiloác* < *Xīlōāc* 'aguaje del jilote'.

Algunos topónimos son nombres de animales: *Mapachín*, *Pisote* ('tejón'), *Pijijes* (patito llamado *pixixi* en el pipil y el español de Los Tuztlas), y entre otros posiblemente también *Tecoso* (de *tē-* 'burdo', 'duro', y *cósol* 'cierto crustáceo', y *Jote* < *Xote* ('caracol de río').

§IV Pocos son los datos disponibles acerca de étimos que no sean nahuas como *huitite* 'cierta mata'. El insecto *papalomoyo* (que en pipil significa 'mosco-mariposa') posee además un nombre no nahua, que es *huitín*. Ya se ha mencionado arriba la planta conocida como *yahuallitl*, *yihuallitl*, que tiene dos nombres más, de los que *jahua* podría ser nahua, pero no podría serlo *guaitil* o acaso mejor *huaitil*. Frecuente es *numbira* 'calabazo', de origen chorotega; la misma ascendencia se atribuye a *laja* 'cotorra' y a *ñambar* 'de labio leporino', a lo que Mántica (p. 24) agrega siete palabras

<sup>11</sup> Quien no disponga de obras clásicas de gramática nahua puede adquirir la reciente *Introduction à la langue et à la littérature aztèques*, de M. Launey, París, 1979. Véase ahí la p. 239.

más, de escaso empleo provinciano. Este autor cita asimismo varias designaciones de plantas y animales regionales, procedentes del subtiaba y del misquito. Según Alfonso Valle, en su *Diccionario del habla nicaragüense* (Managua, 1948), una raíz maya *huin* 'gente' estaría en la base del pipil *huinchin* 'niño'. ¡Tengamos cuidado de rechazar olímpicamente desde nuestras alturas académicas —y no poco prejuiciadas por ello mismo— esta propuesta sin duda muy profana! Sin tener que suscribirnos a la etimología propuesta, debemos reconocer que en el pipil sureño existe el afijo *-tzin* > *-chín* y que en neologismos de paternidad criolla este sufijo se presenta como prefijo. Como en maya existe efectivamente *huinic* 'hombre'<sup>12</sup>, *huinicóp* 'hombres', la palabra criolla centroamericana *chihuín* 'niño' podría ser una sorprendente formación colonial que, contrariamente a nuestra experiencia, emplea morfemas de dos idiomas indios diferentes y con una mecánica criolla.

Aparte de *ñambar* 'leporino', de origen chorotega, y *cachipuco*, aparentemente castellano-quichua (*puka* 'rojo'), y que acaso no son realmente sentidos como adjetivos, existen los siguientes de origen pipil: *popoluco* 'indeciso' (de *popoloca* o *popoloka* 'tartamudo'), *tetelque*<sup>13</sup> 'astringente', *guaguaste* 'montaraz' (de \**cuacuáchtic*), *chichilte* 'rojo encendido', *chintano* 'chimuelo', *cele*, *celeque* 'sin madurar', 'tierno' (< *célic*), que se presenta también como *chelco* (con cambio de vocal final a partir de \**chelque*), *sasalte*, *chachalte* 'no maduro y de sabor acre' (< *chacháltic* 'áspero'). La voz criolla *cipe* (< *tzípil*) no parece cumplir en el extremo sur del área nahua la función de adjetivo, como sí lo hace su correspondiente *chipil* (igualmente derivado de *tzípil*) en la costa del Golfo de México, significando al niño que siente un rechazo sutil por parte de su madre concentrada en un nuevo embarazo.

<sup>12</sup> Según comentario oído a M. Swadesh, la raíz involucrada sería en realidad panamericana. En esta perspectiva, gana aceptabilidad la propuesta de Valle.

<sup>13</sup> Este nahuáismo está igualmente en uso —o lo estaba— entre los habitantes de las chinampas del Distrito Federal, México.

§V Predominando en todo el occidente de América Central, hasta Nicoya, los topónimos pipiles, y abundando los nahuáismos en el habla tradicional, nos será menester conocer los rasgos esenciales de la fonética y morfología nahuas. Para referirnos a esos rasgos, emplearemos los siguientes signos:

- √ base (o monema) de la palabra
- λ afijo de caso agente o paciente
- ∞ cierto afijo locativo
- ϕ afijo diminutivo
- τ ciertos afijos locativos
- ω locativo verbal y de posesión-abundancia
- > "se transforma en"
- < "proviene de"
- derivación morfológica
- ∩ varía con
- \* forma hipotética
- // forma fonemática
- [ ] forma fonética
- á a larga y acentuada
- encima de vocal: vocal larga<sup>18b</sup>
- ˘ encima de vocal: vocal breve
- v (versalita) vocal
- ṽ vocal acentuada
- ̄ vocal larga
- ˘ vocal breve
- c consonante
- # cero (= nada)

En las variantes mexicanas del idioma nahua, la ocurrencia de los morfemas del tipo λ, ∞, τ es de cumplimiento riguroso<sup>14</sup>. Si los topónimos centroamericanos en que esta regla

<sup>18b</sup> Tal raya sigue la tradición filológica. Los americanos emplean en su lugar un puntito postpuesto a la vocal (a., i., etc.).

<sup>14</sup> Existen en nahua palaciego o nahua clásico solamente pocos sustantivos sin -ñ, -tī (-> -tīlī), etc., que son los afijos que simbolizamos

no se cumple no son coloniales, ellos nos documentarán que el pipil podía prescindir de los afijos locativos  $\lambda$ ,  $\tau$ , de manera análoga a como puede omitir  $\lambda$ .

Al traducir los geónimos, se puede encontrar un monema pipil y un afijo español: hay *Jícara* y *Jicaral*, *Coyol* y *Coyolar*. Pero no se tiene noticia de "híbridos" propiamente dichos, ni de cruza entre pipil e idiomas de adstrato. Contra esta norma choca la propuesta de A. Valle: huin + chin, que no puede menos que hacer sobresaltar a los lectores; pero, antes de rechazarla definitivamente, habría que seguir estudiando posibles "salidas", por ejemplo, preguntándonos si acaso no se trata de un huin no nahua con empleo tampoco nahua del afijo  $\phi$ .

En palabras compuestas es lo normal, en nahua que el monema adjetivizante preceda al modificado (*äyö* 'calabaza', *támäl* 'bollo envuelto' → *äyötámäl* 'tamal de calabaza'; *huehue* 'viejo', *tépēt* 'cerro' → *Huehuetépēc*; *cuāuh-*, *cuāh-* 'silvestre', 'de árbol', *áyot* 'cierta cucurbitácea' → *cuaháyot* > *cuajayote*).

Sirva de norma básica evitar el fabricar oraciones verbales al verter topónimos aborígenes al español, siendo preferible no ofrecer "traducciones", sino solamente los elementos que constituyen la palabra, la cual suele contener un monema que alude a una planta, o cerro o a agua.

Sólo los topónimos con *-yān* contienen un monema verbal, que será traducido como tal al español. En la toponimia centroamericana es poco frecuente (y se presenta en nombres fonéticamente bastante averiados): *Paneloya*, de la forma pasiva del verbo *pano* 'vadear'; *Tipiscaya*, posible-

con la letra lambda. En fases antiguas del idioma, esos elementos parecen haber tenido dos funciones, una de caso y otra de clasificación. Haría falta un estudio (que no sea tenochcacentrista, pues ello comprometería a rechazar toda pista nueva, como la que se menciona en la nota 18). Hay en el sur del Distrito Federal un pueblo *Tecómitl*, cuyo nombre significa simplemente 'olla' o, más romance, 'La Olla'; aquí se habría esperado \**Tecómic*, con el afijo locativo; habría que averiguar en los Archivos si se trata de un topónimo reciente; en caso positivo se le habría de atribuir inspiración castellana.

mente de *tīt* 'lumbre' y del verbo *-pía* 'tener, guardar', como en *teopixca-* 'el que guarda el fuego'<sup>15</sup>, *Tostoloya*, acaso de \**Tohtolōayān*, de la forma frecuentativa de *tolōa* 'agachar la cabeza', 'tragar'.

Distinta de la anterior es la terminación *-atoya* < *-ātōyāc* 'torrente', en nombres como *Huistoya*, *Malacatoya*, *Michatoya*.

Las palabras pipiles que dieron origen a préstamos y antropónimos (que a menudo son topónimos, como el apellido salvadoreño *Mixco*), están constituidos de por lo menos un monema y un sufijo. (Este último llega a desaparecer al penetrar al español: *alama* + *t* ~ *ilama* + *t* 'cierto mamífero')<sup>16</sup>. Los sustantivos terminados en *-t* o *-tī* (que son realizaciones del morfema *λ*), deben sustituir esa terminación por *-c* por *-cō* (realizaciones de *κ*) para producir un topónimo nahua. Éste, al castellanizarse, evoluciona fonéticamente: *Alámāc* > *Alama* 'lugar de cierto mamífero'; *máyat* 'cierto coleóptero (Halleriana Duguessi) > *maya* ~ *mayate*, sustantivo que puede producir en pipil *Máyac*, y de ahí *Maya*. Al monema principal *√*, puede preceder otro *√* o un afijo.

Los monemas *tāl-* 'tierra' y *cuāuh-* > *cuāh-* 'bosque' ocurren a menudo antecediendo al monema principal, cumpliendo así una función modificadora o especificadora del mismo tipo que *tā-* (afijo que se traduce cómodamente como 'algo', 'objeto', y que en dialectos más norteños está en oposición semántica con *tē-* 'pétreo' y *tē-* 'humano').

En las hablas derivadas del antiguo nahua del este, lo que incluye al pipil<sup>17</sup>, los monemas terminados en *-l* pueden ca-

<sup>15</sup> *Teōpíxcāt*, *Teōpíxquēt*, *Teōpíxquī* es 'el que guarda el fuego excelso'. Véase mi análisis en "Semántica mesoamericana", en *Amerindia*, 3 (1978) París, p. 32.

<sup>16</sup> Llamado *-tétzāt* en el pipil tuzteco.

<sup>17</sup> El nahua más antiguo que vislumbran los estudios estaba dividido en una variedad occidental, de la que a la postre derivó el dialecto de Pochutla, Oaxaca, y una variedad oriental de gran extensión. Por esta extensión, se fraccionó en el náhua de la Sierra de Puebla, en náhua del Centro de Veracruz (que recibió *tl* de su adstrato central), el pipil de Chiapas y del sur de Veracruz, así como los subdia-

recer del sufijo  $\lambda$  (por ejemplo, se puede encontrar  $t\bar{a}l$  'tierra', en lugar de  $t\bar{a}l\bar{i}$ , que es usual en aldeas situadas más al norte). Mas acontece también que los monosílabos pueden tomar una vocal de apoyo (de esta manera se encuentra, por ejemplo,  $chil$ , seguido de  $-i$ :  $chili$ )<sup>18</sup>.

Los afijos  $\lambda$ ,  $\varkappa$  tienen variantes (alomorfos). Si siguen a monemas terminados en consonante, toman vocal de apoyo:

$$\lambda = \begin{cases} vt \\ ct\bar{i}, c\bar{i}t^{19} \end{cases} \quad \varkappa = \begin{cases} vc \\ cc\bar{o} \end{cases}$$

lectos pipiles de América Central. En fecha bastante reciente el territorio situado entre ambas regiones dialectales recibió el impacto de nahuas chichimecas que hostigaban en la frontera norte de Mesoamérica, y que pronunciaban  $il$  en ciertos ambientes fónicos. En ese territorio se acrisoló una variedad mixta de gran cultivo palaciego en las cortes y templos, que estuvo en pleno florecimiento a la llegada de los conquistadores españoles; sus vestigios se mantenían hasta el comienzo de la segunda mitad del siglo xx, en muchas aldeas circuntenochcas, y otras un poco más alejadas.

<sup>18</sup> En el nahua palaciego y en los escritos que transmiten una idea del nahua del periodo colonial (información oral de L. García R.), existió una  $l$  larga o doble, haciendo válido el análisis de  $chilli$  como formado de  $\sqrt{l} + \lambda$ , es decir, "monema terminado en  $l$  y seguido de afijo nominal", el cual resintió un cambio fonético:  $ch\bar{i}l + t\bar{i} > ch\bar{i}l\bar{i}$ . El que este análisis sea correcto para los dialectos con  $il$  no impide que pueda haber una verdad que sea distinta para los demás dialectos. Personalmente nunca oí  $il$  sino bajo determinadas condiciones (ej.:  $\bar{i}l\bar{l}\bar{a}m\bar{i}q\bar{u}\bar{i} < \bar{i}l\bar{n}\bar{a}m\bar{i}q\bar{u}\bar{i}$ ) en aldeas sumamente alejadas del centro del país, y nunca en los pueblos que me tocó en suerte conocer en derredor de Tenochtitlan; lamento no haber recorrido la región entre esa Capital y la serranía de Tlaxcala. Ahora bien, la frecuencia de  $\sqrt{l}$  sin  $\lambda$  precisamente en los dialectos más arcaizantes, sugiere fuertemente que el análisis válido para el tenochca o circuntenochca no lo es también para el nahua antiguo.

<sup>19</sup> Existen otras realizaciones más, que aquí no vienen al caso. En esta misma categoría funcional (aunque tenga un origen distinto) entra el antiguo clasificatorio  $-in$ , que tenemos en  $map\acute{a}chin$  'cierto cuadrúpedo' (de donde  $Map\acute{o}chac > Map\acute{a}cha$ ) o en  $cu\bar{i}x\bar{i}n$  'cierto

Con el símbolo λ representamos los diversos sufijos nominales que cederán el lugar a los sufijos locativos (täpāntī 'entretecho', al tomar λ: täpāncō 'en el entretecho'<sup>20</sup>; apachīhtī 'cierta palma': Apachīhco 'lugar de apachita o apachite').

El afijo ε es un diminutivo, -tzīn, que a menudo toma función reverencial. Es conocido también en otros idiomas mesoamericanos, donde puede preceder al monema. En el pipil sureño es frecuente que palatalice (¿debido al lenguaje madre-niño?, cf. el fenómeno análogo que este autor detectó en el quichua meridional), y el -chīn resultante se presenta como *chin-* en neologismos centroamericanos: *chimbomba* 'globo de hule', *chingorra* 'gorrita', *chinegritos* 'personajes de cierta fiesta popular'. Procediendo del mismo lenguaje, que supongo no incomodará a nadie si lo llamamos de nanas, tenemos *chintano* 'con un diente caído', de xīnī- 'derrumbarse, desbaratarse' y de tăn- 'diente', según lo analizaron los etimólogos centroamericanos; la -o es terminación castellana. Si esta etimología convence, no habrá inconveniente en extenderla a su sinónimo mexicano *chimuelo* (xini + muela + o). La misma composición, más caída de sílaba final, ¿podría estar en *chimpapa* 'de mentón salido y boca hundida', de xini + papada?

Con τ se hace referencia a tres locativos sufijados a monemas sustantivales, -cān, -tān, -pān (véase regla 8), en topónimos como: Sotaccān > *Sotaca* 'lugar de lo sucio', Moyocān > *Moyuca* 'lugar de moscos'<sup>21</sup>, Tālolicān > *Talolinga*

gavilán' (de donde Cuixāpān > *Guisapa*), chacálin > *chacalin* 'cierto crustáceo' (este nombre es de stirpe macro-mesoamericana). Es posible que el tlacuache tenga oxítono en Centroamérica, debido a vocal larga: tacuātīn > *tacuasi*; esta observación obliga a mirar si la terminación de mapachin acaso haya sido larga (o que lo es en algún idioma cercano); en caso negativo, su oxítono se puede deber a analogía con *tacuasi*.

<sup>20</sup> Sufijado a la raíz de estos dos nombres y a algunos semejantes, el marcador se puede realizar como -tī o como -īt (-pāntī, pāmīt).

<sup>21</sup> Para facilitar la lectura, se puede marcar el acento en quichua (cf. nota 10) y en nahua, aunque sea fonemáticamente predecible, o podemos omitirlo cuando creemos que los lectores ya conocen el lugar

'lugar de temblor', Xältöcān > *Satoca* 'lugar de araña de arena'<sup>22</sup>. Papatān > Papatán 'lugar de cierta musácea' (papata), Tizatān > *Tizata* 'lugar de gis'. Chichicalpān > *Chichigalpa* 'morada de perros', Xohuigalpān > *Juigalpan* 'morada de juiles' (ciertos peces). En la última palabra se perdió -l del primer monema (véase regla 3.1), lo que dejó -c- en posición de sonorización, por haber quedado entre dos vocales. Para ambos locativos se puede pensar también en formas originales con -cc- tratadas como -c-: Chichiccalpan > *Chichigalpa* 'lugar de casas rojas', Xohuiccalpān 'lugar de casas verdes'. Tenemos también -pān en: Cuātzōmpān > *Coazompe* 'tzōmpāntli de calaveras' = cierto objeto ritual, Itzāpān > *Izapa* 'río de obsidianas'.

Con ω se alude al ya mencionado afijo -yān y a -wāh, -wēh, -ēh, -yōh, que en los dialectos más norteños exigen siempre ɜ, τ, para formar un topónimo<sup>23</sup>, significando en tal caso 'lugar que tiene...'. Alude igualmente al abundancial -tāh que se presenta en la tan frecuente palabra cōhtāh o cuāhtāh 'arboleda' (de coh-, cuoh-, cuah-, cuauh- árbol'). Tenemos: Masāhuāh, de māsāt 'venado'<sup>24</sup>, Matahuāh, de mātāt 'red', Āmāquēmēhcān > *Amecameca*, de āmāt 'papel', y tāquēmit 'vestimenta', Nāhuālyōhpān > *Naguayopa* 'lugar de nahuales', Cōhmēcāyōh > *Comecayo*, de cōh, y mēcāt 'bejuco' Āmāyōh > *Amayo*, de āmāt 'higuero' y -yōh.

§VI Las vocales nahuas son *a, e, i, o* ~ *u*, que pueden ocurrir breves o luengas (de doble duración), siendo ésta diferencia fonemática. Ciertas diferencias dialectales consistentes en la presencia de *i* o de *e* (y ocasionalmente de *a*) en una misma raíz, se deben a distintas soluciones dadas al

en que incide. En el caso de los locativos nahuas, el acento es siempre grave: Sotáccān, Moyócān, Papátān, Chichicālpān.

<sup>22</sup> La degradación fonética de *l* > # al pasar al español es una posibilidad a final de monema (regla 3): xāl- > xa- > sa-.

<sup>23</sup> Por ejemplo, mīch- 'pez' → mīchwāh → mīchwāhkān > *Michoacán*.

<sup>24</sup> En realidad, no se trata de un corzo, sino de un ciervo de poca altura.

antiguo fonema central plano \*ĩ, cuya discusión pormenorizada carece de utilidad aquí<sup>25</sup>.

Sí es importante saber que ĩ puede permanecer como vocal alta y pasar al español centroamericano, o evolucionar a *e*. De esta suerte, Xīuhquilit > xīhquilit 'añil' ha producido los dobles jiquilite y jiquelite, al igual que cīhuāt 'mujer' ha producido cigua- y cegua-. Habría que tener datos precisos acerca de las provincias en que se emplean unas u otras formas, pues es poco probable que en la boca de un mismo hablante ocurran ambas. (La omisión de la procedencia de las variantes, como en el *Diccionario Mapuche*, de Erize, va siempre en detrimento del valor de ese tipo de obras).

La ocasional variación *i* ~ *a* en nahua no sólo produjo varios dobles de origen indio, como huataca y hui(n)taca 'azadón', o cuajinicuil, que en El Salvador es quijinicuil y cujinicuil, sino inclusive modificó una expresión bien castellana: calma chicha > calma chacha.

En el material nicaragüense hay un caso con *o* > *i* (proceso tal vez calcado sobre *a* > *i*): chocuije y chicuije 'olor agrio y fermentado' que, según la interpretación de Mántica, viene de xōco ſhyot, formado de xócoc 'agrio' e ſhyot 'olor'. Desde Sonora hasta Nicoya ciertas palabras yutona-huas, entre ellas la que designa al 'zorrillo', se presentan con *a* o con *e* (también con *i*), sin que se deba decir que la una sea "corrupción" de la otra.

Los dobles centroamericanos no solamente tienen dos grados de castellanización fonética, sino también sintáctica: tamal pizque ~ pizcatamal, tamal ayote ~ ayotamal, en que la forma conservadora mantiene el elemento (monema)

<sup>25</sup> Noticias acerca de \*ĩ se pueden leer en *International Journal of American Linguistics*, 42 (1972), p. 269, y en *Amerindia*, 2 (1977), París (p. 54). Este sonido resonante ("vocoid") \*ĩ es siempre breve. En el extinto pochuteco produjo \*ĩ > \*ē > *o*. En algunas aldeas del este causó palabras con *a*. Con ayuda de las fuentes etnohistóricas parece que será fácil establecer una correlación entre las migraciones cuyos hablantes han desarrollado \*ĩ > *e* y aquellas otras que han tenido el desarrollo \*ĩ > *i*.

adjetivante antepuesto al modificado, mientras que la forma más criolla invirtió ese orden, castellanizándolo.

En posición trabada, los fonemas  $k^m$  y  $k$  se neutralizan en la mayoría de los dialectos nahuas<sup>26</sup>; ambos suenan en tal posición como  $k$  o como  $k^{27}$ , por lo que no sorprenderá que al pasar al español centroamericano se confundan con  $h$  y sigan las reglas 5.1 y 5.2. Tenemos la raíz  $nĕk^m$  ('licor, néctar' y con más frecuencia 'miel' y 'apis melipona') en  $nĕk^m tĕpĕk > Nectepec$  y en el nombre de dos himenópteros:  $tālnĕctĭ > tabnite$ ,  $tācānĕctĭ > tacanite$ . (En la ortografía clásica  $nĕk^m tĭ$  es palabra esdrújula: «necuhtli»).

Junto con el alófono fricativo  $k$ , que para el hispanohablante es fácilmente asimilable a  $h$ , debemos mencionar los alófonos de  $w$  en posición trabada. En el nahua central ensordece sin perder su redondeamiento labial:  $m$ . En algunas aldeas de Morelos (Sierra Madre del Sur), se realiza como un ocluyente ("contoid") nasal. En las provincias glóticas restantes, el proceso fue  $m > h$ , pudiendo confundirse esa  $h$  con "jota" y desde luego con  $h$  original. En las reglas 5.6, 6.1 y 5.2, ambas  $h$  están tratadas como una sola.

En los subdialectos del nahua del este, el fonema  $w$  se presenta a menudo como un bilabial sin redondeamiento,  $b$  (cf. reglas 14.1 y 14.2), documentable también a través de préstamos centroamericanos como cihuanáhuatl  $> ciguanaba$  'cierto espanto'.

La regla 14.1 y 14.2 nos informa de la costumbre criolla de anteponer una preclusión al sonido  $w$  de las lenguas aborígenes (ej.:  $cĭhuā > cigua-$ ). Como vicio ortográfico

<sup>26</sup> Y también en los subdialectos, es decir, en las respectivas aldeas de una región dialectal. Una vez que se extinguió el dialecto de Pochutla, han quedado solamente cuatro dialectos desde la Huasteca hasta Centroamérica. Estos son: el nahua septentrional (Huasteca) y el nahua central (Tlaxcala, Puebla y cercanías de la Capital) con  $tl$ ; el nahua del oeste (Michoacán, Morelos, Guerrero), con soluciones variables  $l \sim tl$ ; y la cadena dialectal del este (Sierra de Puebla hasta América Central).

<sup>27</sup> La raya impresa encima,  $k$ , debiera atravesar la letra (a semejanza de  $b$ ,  $d$ ,  $t$ ) e indica que se trata de un sonido fricativo.

alterna con la forma correcta: *agüisote* ~ *ahuizote*; *guate* ~ *huate*; *Huacalito*; *Huehuete*; *Güiscoyol*; *Huistoya*.

Es frecuente en las lenguas de América española que una misma palabra se pueda presentar, según la aldea, con *s* o con *h* en posición intervocálica; en el nahua ocurre en posición postvocálica. Este fenómeno, que tuvo su paralelo en *-s* ~ *-h* de la pronunciación andalucista de los colonizadores, dio origen al proceso *s* > *h* (Regla 5.2 y 6.2): *cuah-* > *cuas-*.

En los dialectos no pipiles del nahua, *-t* y *-k* momentáneos tienen un leve soltamiento oral que permite su más clara percepción, produciendo lo que en filología española se llama un sonido explosivo. En pipil este rasgo está ausente, presentándose ambas consonantes como implosivas en esta posición<sup>28</sup>.

Otra característica de los dialectos no pipiles es el ensordecimiento de *-l*, que se escribe con un círculo inferior: ɭ. Este rasgo no ocurre en el pipil. De ello debe haber resultado una "ele" tan poco perceptible a oídos extranjeros (menos tensa que en *mástil*, que no es palabra de empleo rural, o *fácil* y *hábil* que sí pueden pertenecer al léxico de tierra adentro), que en algunas provincias centroamericanas dicha "ele implosiva poco tensa" pasó desapercibida para muchos hispanohablantes, como lo confirman los hechos (véase regla 3.1).

<sup>28</sup> Lo mismo puede considerarse para las dos consonantes no momentáneas, *-l*, *-n*, lo que explica sin duda el que, al pasar al castellano, hayan caído en sílaba átona. La identificación de los ocluyentes ("contoids") implosivos momentáneos *-t*, *-k*, del pipil tuzteco es tan difícil que el transcriptor tiene que recurrir a menudo a sus conocimientos de morfología para decidir la escritura. Esto se explica fácilmente si se entienden las articulaciones consonánticas como compuestas de tres "tercios", como lo estiman varios autores, o como compuestas por dos "mitades": la mitad final o explosiva no es posible en posición trabada. Lo implosivo de *-t* en el pipil salvadoreño llamó fuertemente la atención, a principios del s. xx, al maestro de escuela don Próspero Arauz (véase mi reseña de *El pipil de la región de los Itzalcos*, en *Archivio Internazionali di Preistoria ed Etnologia*, 2 [1959], Turin). Innecesariamente don Próspero quiso anotar este hecho en su ortografía; no disponía, para ello de signos como ɭ, ɥ, y optó por imprimir un apóstrofo: -t'. No se malentienda su signo: ɭ jamás pretendió haber oído una glotalización!

Ocurre en algunas regiones nahuas la desafricación de *tz* y *ch* en posición trabada (*tzc* > *sc*, *chc* > *xc*). Desde luego, este proceso se cumple al pasar tales grupos al español centroamericano (regla 12.3 y 12.4).

En las variantes pipiles del idioma nahua, el fonema *k* sonoriza en posición intervocálica. Por su frecuente ocurrencia, puede dar al observador común la impresión de ser "el sonido correcto", máxime si la norma de la sonorización intervocálica es aplicada por el indígena también al verter al español, por ejemplo si la forma fonética /nokamalo/ produce [nogamálo] y de ahí *mi gamalote* en lugar de *mi camalote* (nombre de cierta gramínea). Una segunda sonorización de momentáneo sordo es la poco frecuente de fonema alveolar, que observamos en ciertos topónimos, por influjo de *n*: Chinantēcāh > *Chinandega* 'persona de la Chinanta', y en Ihzcalco o Itzcalco en El Salvador, tenemos la modificación en el verbo 'ver', que en Tenochtitlán fue *ikta* > *itta*, pero que en El Salvador evolucionó más: *ita* > *ida* (¿o *itta* > *ida*?).

Los nombres de aves, como *bapostoro* en tuzteco y *poporoca* y *querque* en nicaragüense, pueden provenir de lenguas de substrato y sin embargo pertenecen también al pipil local, debido a la licencia que observamos ocasionalmente en lenguas indígenas (según información oral de M. Swadesh) de emplear nombres de aves con *r* aun cuando este sonido no aparece en el resto del idioma. Mas se debe buscar con cuidado la explicación a los otros tipos de vocablos del léxico no indoeuropeo de América Central que tengan *r*.

La aparición de "letras fantasmas" es un hecho que llama la atención en la provincia más meridional del nahua. Algunas surgen ex nihilo; otras tienen alguna justificación.

Una "ele fantasma" parece introducida en el nombre de una gramínea larga que Berendt anotó como *talqueza* y que en Mántica (p. 32) encontramos como *talqueza*, *talquezal*. Su raíz es *-quētzā* 'erguir', y el sonido líquido final se justifica si partimos de *-quētzāl* 'erguida cosa', de donde tenemos en el nahua del este el muy común término *tāquētzāl* 'horcón'.

Ācēcēcān > *Acecesca* 'Agua Fría' y *chīquihuīt* > *chiqui-*

*huiste* 'c. canasta', tienen "ese fantasma" surgido de la nada, lo que es distinto del surgimiento de *s* a partir de otros sonidos.

Ya ha sido comentado arriba el paso de  $h > s$  (regla 5.2 y 6.2). Además de esto, existe  $y > s$ : el nombre que dan a sí mismos los tahuasca es tahuayca, siendo ellos huahuáyca para los ulhuasca y tuayca para los misquito. ¿Podríase atribuir este mismo origen al topónimo *Caguasca* (< \*Cahuayca?), para el cual no tenemos ni regla fonética ni étimos nahuas?

Este paso de  $y > s$  es difícil de aceptar si no conocemos el hecho de que en las lenguas americanas existen yod sordas (que se escriben con un círculo debajo; nosotros emplearemos el signo  $y$ ). El cambio  $y > s$  sí es aceptable para cualquier lingüista. Falta saber si una o varias lenguas aborígenes de la región tienen, o en sus familias hay, un sonido así. Un poco más al sur, en chibcha, hay un fonema  $h^y$ , que fonéticamente es una yod sorda, pero fonemáticamente una hache. Lo que significa que en lo arriba comentado no hubo cambio de *yod* a *ese*, sino de *hache* a *ese*.

Si el análisis de los nicaragüenses es correcto, la terminación de las palabras *Colondo* y *Mayacunda* vendría de  $-c\ddot{o}h-t\ddot{a}h$  'arboleda'. Es raro, pero no imposible. Es posible, porque  $-c\ddot{o}h-t\ddot{a}h$  tuvo en su forma original un segmento *w* en posición trabada que pudo ser implorativo sonoro, \*-w, o implorativo sordo, \*-w̥, pero en todo caso bilabial. Los pasos involucrados en la propuesta nicaragüense serían así  $w > m > n$ . Es raro porque, aparte de ciertas soluciones morelenses (México), no conocemos nada parecido en todo el idioma.

Varias etimologías propuestas en Centroamérica parecen convincentes, pese a los extraños pasos involucrados. Por ejemplo, no podemos aceptar como regla  $t > l$ , pero se presenta este cambio en un caso: en el nombre criollo de la 'manteca de cacao' *cacaóxit*  $>$  *cacaojil* (presumiblemente por analogía con otros alimentos en *-il*). Tampoco podemos postular como regla un cambio  $l > m$  o  $m > l$ , que se nos ofrece en *totomoquil*  $\sim$  *totolocuil*  $\sim$  *totoloquil* 'cierto gusano urticante'; según Mántica, hubo ahí primeramente  $n > m$

(a partir de *tōtōnic*  $\curvearrowright$  *tōtōnquī* 'caliente', *ócuil* 'gusano'). Una etimología posiblemente errada, pero que no contradice los pasos fónicos, podría ser igualmente *tótót* 'ave', *óhmīt* 'pelillo' (como en *tōchóhmīt*  $>$  *tochomite* 'estambre de pelo de conejo') y *ócuil* 'gusano'. Tampoco puede elevarse a categoría de ley el caso propuesto de *cuauhcoyoltzīn*  $>$  *cucuyunse*: no podemos anotar a partir de esto un proceso *lc*  $>$  *nc*, pues la etimología propuesta parece estar equivocada<sup>29</sup>.

El sorprendente surgimiento de *n* ante *c* y después de *i* en *huintaca*  $>$  \**huitaca*  $<$  *huataca* 'cierto instrumento de labranza', puede dejar de ser tan sorprendente si nos acordamos de #  $>$  *n* en análoga condición en *Grigoire*  $>$  *Gringoire*, y *grigo*  $>$  *gringo*.

Es propio del nahua, aunque no constituye un proceso generalizado a todas las palabras en que pudiera presentarse, el que los fonemas nasales alternen en algunas condiciones: *pāmīt*  $\curvearrowright$  *pānti* (raíz de *apante* y de *tapanco*); *tēcpīmīt*  $>$  *tēcpīn*, de donde en El Salvador *chiltepe*  $<$  *chīltēcpīn* '*Capsicum baccatum*'; de *ātēmīt*  $\curvearrowright$  *átēn* 'piojo' deriva *tōtōlātēn*  $>$  *totolate* 'pepeyote, piojo de aves'. Este antecedente podría explicar *chame*  $\curvearrowright$  *chan* 'guía', de *chānēh* 'vecino, habitante' o, como propone Mántica, de *chiani* 'guía' (del verbo *-chia*, *nitā-* 'espíar'). Ese autor ofrece también *cumiche*, aparentemente de *cōnētzīn* 'hijito'.

Cuando, al pasar al castellano, hay abandono de los morfemas *λ*, *z*, lo que se pierde es un segmento o una sílaba. Se pierde un segmento en *táhuīt*  $>$  *tahue* 'tierra de color'. Se pierde una sílaba en \**xomotohtī*  $>$  *somoto* 'cierto patito', o en \**pacayahtī*  $>$  *pacaya* 'cierta palmera'. El proceso se verifica igualmente con la pérdida de *-c* de valor adjetival en *xócoc*  $>$  \**choco* 'agrio'.

El abandono de los alveolares *-n*, *-l* es una sencilla degra-

<sup>29</sup> El tratamiento de la terminación está registrado en nuestra regla 9.0, dedicada a *-ntzīn*  $>$  *-nse*, pero para el cambio *l*  $>$  *n* no nos sentimos autorizados a postular una regla; más bien hay que tratar de corregir el étimo, y pensar en una forma hipotética \**cuhcuyuntzīn*, como el nombre de un árbol para el cual sería aventurado proponer una traducción (por ejemplo: \**cōhēcōyōntic* 'árbol con hoquedad') sin conocer sus características.

dación de segmento fónico. A la caída de *-s*, que se presenta en una sola palabra, *tiánquis* > *tiangue*, puede atribuírsele una causa morfológica: eliminación de un aparente plural. Veamos otros ejemplos:

<i>tianquis</i>	'mercado'	* <i>tianguis</i> > <i>tiangue</i>
<i>totolaten</i>	'pepeyote, piojo de aves'	<i>totolate</i>
<i>cuáhcal</i>	'calabazo'	<i>guaca, guacal</i>
<i>petácāl</i>	'maleta de esparto'	<i>petaca</i>
<i>cihuānáhuā</i>	'espanto'	<i>ciguanaba</i>
<i>táxcāl</i>	'tortilla de maíz'	<i>tasca</i>
<i>pípil</i>	'muchacho'	<i>pipe</i>
<i>tzípil</i>	'niño desmedrado'	<i>chipe, chipilo</i>
<i>náhuā</i>	'brujo'	<i>carreta-nahua</i>
<i>xicohpípil</i>	'c. himenóptero'	<i>chicopepe</i>
* <i>chompipi</i>	'guajolota'	<i>chompepe</i>
<i>coápil</i>	'gemelo'	<i>cuape, guape</i>
<i>chóchol</i>	'tonto'	<i>chocho</i>
<i>Nancímil</i>	'Campo de Nanches'	<i>Nancimi</i>
<i>Āmēyāl</i>	'Nacimiento de Agua'	<i>Ameya</i>
<i>Ayóxāl</i>	'Arenal de Tortugas'	<i>Ayoja</i>
<i>xihuīt</i>	'hierba'	<i>chihue</i>
<i>máyāt</i>	'c. coleóptero'	<i>maya</i>
<i>chīnāmīt</i>	'cerca'	* <i>chiname</i> > <i>chinamo</i>
<i>xocóyot</i>	'benjamín'	<i>chocoyo</i>
<i>tālmēcāt</i>	'cierta cuerda'	<i>talmeca</i>
* <i>tachmolot</i>	'palo para menear la ceniza'	<i>tasmolot</i>
<i>Tzilāmāt</i>	'Ficus glabrata'	<i>Chilama</i>
<i>Ohóxīt</i>	'árbol ojite'	<i>Ojoche</i>
<i>Cuāhtómāt</i>	'c. solanácea'	<i>Coastoma</i>
<i>Cuāchtépēc</i>	'Cerro de Caracol'	<i>Coastepe</i>
<i>Tōlāc</i>	'Agua de Tules'	<i>Tula</i>
<i>Xilōāc</i>	'Agua de Jilotes'	* <i>Jilōāc</i> > <i>Jilōā</i>
<i>Comalcáhuac</i> <sup>30</sup>	'Comal Abandonado'	<i>Comalcagua</i>
<i>Xicalcáhuac</i>	'Jícara Abandonada'	<i>Jicalcagüe</i>

<sup>30</sup> Podríase postular también *Comalcáhuā* y *Xicalcáhuā*, con pérdida de *-l* al ser castellanizados. En provincias más al norte, son frecuentes los nombres en *-cāhuālcō*.

En la palabra *chichilte* < *chīchīltīc* 'rojo encendido, colorado', se mantuvo la sílaba del participio -tīc (regla 15.3). En varios otros nahuaísmos, esta sílaba o morfema cayó. No está siempre muy claro si la pérdida de "letras" finales se debe tratar como desamparo de morfemas o de sílabas. En el caso de *sonlo* 'de pelo cortado', es quizá preferible no analizar partiendo de *tzōn|tōxāhuāctīc* > *tzōn|tōxāctīc*, sino del pretérito *tzōn|tōxāh*. Veamos otros ejemplos.

<i>chīchīltīc</i>	'rojo encendido'	<i>chichilte</i>
<i>tapalchīchīltīc</i>	'de color rojo'	<i>tapachiche</i>
<i>talpoxāctīc</i>	'tierra floja'	<i>talpuja</i>
<i>tzonchīchīltīc</i>	'aura de cabeza roja'	<i>sonchiche</i>
<i>tzontōxāh</i>	'de pelo cortado'	<i>sonlo</i>
<i>total atém īt</i>	'piojo de ave'	<i>totalate</i>
<i>xomoto tī<sup>31</sup></i>	'cierto pato'	<i>somoto</i>
<i>Tepē xomoh tī</i>	'Cerro del Somoto'	<i>Tepesomoto</i>

El género atribuido a algunos sustantivos de origen indio varía según las provincias hispanoamericanas. Al este de los Andes del sur se oye la expresión "¡pero si es un huahua, la pobrecita!", y al oeste de esa misma cordillera se oye "¡pero si es una huahua, el pobrecito!". En Guatemala se dice *chinama* a la choza (fem.) de chinamite, mientras que ese mismo jacal (masc.) es un *chinamo* en Nicaragua. El líquido (masc.) *machihue* que emplean las mujeres al formar las tortillas es masculino en el oriente de México, pero esa misma agua (fem.) es *machihua* en Nicaragua. Los *chilaquiles* mexicanos son un guiso (masc.) o plato (masc.) también conocido en Guatemala, donde a esta misma comida (fem.) hecha de tortillas (fem.) se le llama *chilaquila*. De manera que

<sup>31</sup> Siendo que las variantes del morfema  $\lambda$  causan dobles como -pāmīt, -pāntī; xīcōt, xīcohtī, yōlōt, yōlōhtī, es lícito pensar en \*xomotot, \*xomotohtī, con la peculiaridad de que ambas palabras pueden dar la misma voz criolla, tal como la sureña *Jalapa* puede provenir lo mismo de Xālāpān que de Xālāpahī. La pérdida de -i, -h, -n es una degradación fonética; la pérdida de -lī es una degradación morfológica.

observamos que en América Central las comidas y lo relacionado con ellas prefieren el género femenino.

La atribución del género se rige por dos tendencias o principios (que no constituyen leyes absolutas): la terminación fónica de las palabras normalmente evolucionada y el tipo de objeto que designa. Acabamos de anotar que las comidas tienen tendencia al femenino (*yoltasca, tasca, chilaquila, cajeta*). Lamentablemente las fuentes de consulta no dan siempre la plena información del género, pero parece que son femeninas las plantas *chila, macoya, viznaga, pacaya, cocomeca* y otras en *-a*. Como las sierpes son femeninas en español, en la Sierra Madre Oriental es femenina la *mazacuata* en esa región de México, pero del lado del Pacífico se les atribuye género masculino a las serpientes de nombre indio, y género femenino parece tener *mazacuata* en Centroamérica. El animal (masc.) o espanto (masc.) *tzitzi-micāt* tuvo que trocar su *-a* en *-o* y producir el masculino *sisimico* forma que alterna con *cicimique* (¿caso de \**tzitzi-miquēt*?). El gato (masc.) *cōyōcīhuāt* debió producir una palabra con *-a*, pero en lugar de \**coyocigua, \*coyociba* o \**coyocaba*, tenemos una palabra con la vocal final alterada: *coyocebo* (véase regla 15.1). Son masculinos los árboles, los peces y también los espantos (*cihuanahua, zcarreta-nahua?*, *sisimico, cicimique*), así como los sustantivos que por evolución terminan en *-e, -in, -ón, -án* o con *-o*. Son femeninos los que terminan en *-a*. Los ejemplos ya vistos, y otros muchos más (como *xōtā > chote* 'botón de flor', Mántica, p. 123), muestran que se han practicado algunas "correcciones" a las terminaciones cuando así lo requería el sentir de los hispanohablantes centroamericanos. Estos cambios vocálicos en posición final nada tienen que ver con los cambios de timbre dentro de la palabra que se comentaron al principio de este apartado, y a los que habría que sumar *ě > i* *nēxtāmāl > nistamal; pēsohti > pisote*.

Además del cambio de vocal final, que se acaba de discutir, puede ocurrir también su conservación o su elisión. Tenemos *payana* y *payán* 'maíz martajado' (de *-pāyānā, nītā* 'martajar') que nos ofrece las dos posibilidades: la caída de

la vocal átona final o su conservación. No tienen dobles con conservación de la vocal final: *tecuán* 'tigre' (de -cuáni 'el que come' y de *tē*- 'gente'), *tayacán* 'criado de camino que acompaña al viajero a caballo' (de -yācānā 'guiar'<sup>82</sup> y de *tā*- 'animal o cosa').

§VIII A partir de lo anterior podemos postular un cuerpo de trece reglas o leyes, y siquiera tres conjuntos adicionales de modificaciones ocasionales o secundarias. A esas dieciséis reglas, leyes o grupos de procesos, se dedican las páginas finales de este artículo.

La caída de vocal final breve (*soncuán*, *tecuán*, *tayacán*) o su ocasional conservación (*payán* ↪ *payana*) son dos procesos que integran la regla número uno:

1.1 -ánv > -án#

1.2 -ánv > -án# ↪ -ánv

El conjunto de procesos que constituye la regla número dos se refiere a palabras pipiles cuya sílaba átona y final termina en -c ortográfica. No existiendo en castellano tradicional esa consonante en posición final, se tuvo que perder (*célic* > *cele*, *chacháltic* > *chachalte*, *Āmáxāc* > *Amája*, *Apítzāc* > *Apisa*, *Cōcōntzāntēpec* > *Cococintepe*, 2.1.) o se tuvo que agregarle un apoyo (*célic* > *celeque*, *Xīlōtēpēc* > *Jilotepeque*, *Ocotepēc* > *Ocotepeque*, *Tēscīstēpēc* > *Te-xistepeque*, 2.2). Algunas heredades están registradas con -*tēpec*, que acaso no existe en la realidad glótica, siendo probable que suene -vcvc > -vcv:

2.1 -vcvc > -vcv#

2.2 -vcvc > -vcvque

2.3 -vcvc > -vcvc o -vcvc > -vcv#

<sup>82</sup> A su vez de *yācā*- 'nariz' y *-ānā* 'coger'. Aquí se trata de 'agarrar por la nariz' a la bestia (*tā*-) y no al jinete, pues dirigir la nariz de un humano es *tēyācānā* (con prefijo *tē*-).

Análoga a la regla precedente es la número tres, que se refiere a palabras pipiles cuya sílaba final termina en *-l*. Este sonido sí se admite en español, pero el hecho es que cuando el acento se conserva en su sitio etimológico, la *l* final cae (cōápil > *cuape* > *guape*, tzípil > *cipe*, pípil > *pipe*, chīchīltótol > \**chichilloto* > *chichiltote*, cuáhčāl > *guaca*, pētácāl > *petaca*, cīhuānābal > *ciguanaba*, yóltáxcāl > *yoltasca*, Āméyāl > *Ameya*, Nancímīl > *Nancimi*, Tēcuanāmel > *Tecuaname*, 3.1), posiblemente porque en esta posición final, tal como se comentó arriba, el segmento lateral no era tenso. Existen dobles (guaca, guacal; -nahua, -nahual) con conservación del segmento final. Y otros dobles hay con vocal epentética (*sontol*, *sontule*; *juil*, *juile*; *cipe*, *chipilo*).

La adición de *-e*, o muy ocasionalmente de *-e*, *-o*, es la regla 3.2. El cambio de acento (que causa *l* tensa) con conservación de *l* es la regla 3.3. Faltan datos acerca de la distribución social y geográfica de las normas para las tres soluciones (caída de la consonante; conservación; *-e* epentética). Como ya lo comentábamos en líneas precedentes, las distintas soluciones provienen probablemente de distintas provincias. La regla 3.1 se cumple a menudo también a final de monema, en medio de palabra: tǎpāl|chīchīltīc > *tapa-chiche*, Xāl|tócān > *Satoca*. Los procesos de la regla tres son:

3.1 -'vcvl > -'vcv#

3.2 -'vcvl > -vc'vle

3.3 -'vcvl > -vc'vl

La regla cuatro está constituida por cuatro incisos, que aluden a los procesos a partir de palabras pipiles con morfemas *l* realizado como *-t* después de vocal o como *-t̃v* después de consonante. Si el acento etimológico se conserva, se pierde la *-t* implosiva (máyāt > *maya*, chacháhuat > *chachahua*, ahuéhuat > *ahuehue*, Tzilámāt > *Chilama*, táhuat > *tahue*, Xāltecómat > *Saltecoma*, 4.1). Si el acento no se conserva,

se agrega *-e* epentética (máyt > *mayate*, áhwät > *ajuate*, ahuéhuēt > *ahuehuate*, tecómat > *tecomate*, 4.2). Existen dobles: *maya*, *mayate*; *ahuehue*, *ahuehuate*; *tahue*, *tahuite*. Los sustantivos pipiles cuya terminación tiene un apoyo final<sup>33</sup>, al pasar al español solucionan éste siempre como *-e* (āpāntī > *apante*, āhpāstī > *apaste*, cāltzōntī > *calsonate*, 4.3; huauhtī o huahitī > *huate*, -pāhtī > *-pate*; chāyōhtī > *chayote*, āyōhtī > *ayote*, 4.4):

4.1 -vt > -v#

4.2 -vt > -vte

4.3 ctv̄ > -cte

4.4 htv̄ > -te

El fonema *h* del pipil se pierde habitualmente en préstamos (proceso 5.1; cf. también 4.4, 6.1 y 7.1), excepto en posición intervocálica: cuāhāyōhtī > *cuajayote* 'c. planta trepadora, c. estropajo', Cuāh-Achiot 'achote silvestre' > *Gua-jachio*, y áhwät o áhhuät > *ajuate*, en que hubo *h* > *j*, teniendo el último un doblete en que el cambio fue *h* > *s*: *asquate* (regla 5.2), que sería mejor escribir sin *g*: *asuate*, *ashuate* o *azhuate*. El paso *h* > *s* afectó también un nahuaismo penetrado al mísquito, acaso por conducto del español local: pisohtī > *pisoste* 'tejón'.

Según los etimólogos pipilófilos, topónimos como *Colondo*, *Mayacondo*, *Aguacunda*, a pesar de recordar un tanto la voz africana *Macondo*, y a Kinta Kunta, serían pipiles, significando su terminación 'bosque' (*-cunda* o *-condo* > cuāh-tān); de ser esto cierto, debemos postular un proceso 5.3:

5.1 vh > v#

5.2 vh > vs

5.3 vh > vn ???

En posición trabada por consonante o por cero, casi todos los dialectos nahuas deslabializan /w/ = [w], quedando una

<sup>33</sup> En la práctica, esto es siempre -tī. Nunca lo puede ser -tāh, que termina en consonante.

pura espiración sin redondeamiento, [ʌ] > [ʔ]. Este sonido ocurre, por ejemplo, en *cuāuh-* > *cuāh* > *cōh-* 'árbol', monema que no se debe confundir con *cōā-* 'serpiente' (que está en la designación de la palmera que dio nombre a *Coacoyoltepe*, en la jurisdicción de Nagarote). Al pasar al castellano *cuāuh-* > *cōh-* pierde su fonema sordo final en todas las provincias mesoamericanas (6.1 y 6.4), excepción hecha de los pocos casos centroamericanos con *h* > *j* y de los un tanto sorprendentes con *h* > *s* (*Cuāhtépēc* > *Cuastepe*, *Cuāhtā-Ātōyac* > *Guastatoya*, *cuāhtómāt* > *guastomate*, 6.2; también en voces híbridas: *cuasplato*, *cuasquesa*; al proceso 6.3 pertenecen *cuāh-ayohtī* > *cuajuyote*, *Cuāh-Achiot* > *Guajachío*):

6.1 *cuah-* > *cua*, *gua-*

6.2 *cuah-* > *cua-*, *guas-*

6.3 *cuah-* > *cuaj-*

6.4 *cuah-* > *co-*, *cu-* (¿y *cun-*?, véase 5.3) .

La supresión de *h* en posición final de sílaba, dada en 4.4, 5.1, 6.1 y 6.4, se repite en 7.1. La sonorización expresada en 6.1 y 6.2 se presenta ocasionalmente también en *-cō* y en *-cān* después de *n*, según 7.3 y 8.3.

Para ahorrar espacio, podemos omitir los comentarios suplementarios a los demás procesos:

7.1 *-v̄hco* > *-v̄#co*

7.2 *-v̄ccv (n)* > *-v̄ccv*, *-v̄cgv*

7.3 *-v̄ncv (n)* > *-v̄ncv*, *-v̄ngv*

8.1 *-v̄cān*, *-v̄tān*, *-v̄pān* > *-v̄ca#*, *-v̄ta#*, *-v̄pa#*

8.2 *-v̄cān*, *-v̄tān*, *-v̄pān* > *-vcān*, *-vtān*, *-vpān*

8.3 *-ncān* > *-nca#*, *-nga#*

8.4 *-ntēca* > *-ndega*

En las reglas 9 a 13 se habla de los sonidos de la "familia de la *ese*", que son los sibilantes y africados *s*, *x*, *tz*, *ch*. En romance existió antiguamente el sonido *ʃ*, escrito *x*, en posición intervocálica, perdido en el Siglo de Oro al transformarse en *j*. Debido a ello y a la mencionada variación indoeuropea de sibilante con *h*, las palabras aborígenes pasadas al español centroamericano nos ofrecen 10.1, 11.1; 10.2, 11.2 (véase más abajo), lo que se puede resumir así:

sv > sv ~ jv  
 xv > sv ~ jv

El conjunto de procesos relacionados con los sonidos *s*, *z*, *tz*, *ch*, se puede anotar en varias columnas y de distintas maneras. Hemos optado por hacerlo así:

9.0 -tzīn > -nsc

10.1	sv > jv	11.1	sv > sv	12.1	so > sc	13.1	sv > chv
10.2	xv > jv	11.2	xv > sv	12.2	xc > sc	13.2	xv > chv
		11.3	tzv > sv	12.3	tzc > sc	13.3	tzv > chv
				12.4	chc > sc	13.4	chv > chv

Con los números 14.1 a 14.4 se reúnen procesos ortográficos y fónicos ocurridos a sílabas con *w* fonética:

14.1 hue, hui > güe, güi, hue  
 14.2 hua > gua, ba  
 14.3 cua-, cui > gua-, cua-, cui  
 14.4 cui > cui, qui

El conjunto de reglas 15 describe cambios en las terminaciones de las palabras:

15.1 -ba > -ba, -bo  
 15.2 -ta > -ta, -to, -te  
 15.3 -tic, -ti > -te, -#  
 15.4 -ca > -ca, -co, -que  
 15.5 -qui, què > -ca

El grupo 16 reúne casos que constituyen excepciones:

16.1	-t	>	-l	cacahuaóxit	>	<i>cacaojil</i>
16.2	-m-	>	-l-	totomócuil	>	<i>totolocuil</i> ~ <i>totoloquil</i>
16.3	n	~	m	<i>chan</i>	~	<i>chame</i> <sup>34</sup>
16.4	n	>	m	cunetzín	>	<i>cumiche</i>

JUAN A. HASLER

Universidad del Valle,  
Cali, Colombia

<sup>34</sup> La simple observación de los ambientes distintos en que se hallan las dos nasales no basta aquí para explicar -m-.

